

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS EN
LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE D. FRANCISCO BERMÚDEZ DE CAÑAS,
DEÁN DE LA SANTA METROPOLITANA Y PATRIARCA DE LA IGLESIA HIS-
PALENSE.

(*Conclusión.*)

La Roma pagana debía morir, como mueren todos los pueblos que han llenado su destino providencial en la historia. Falto el imperio de unidad en sus doctrinas, desprovisto de creencias religiosas, que son el espíritu de las sociedades, embrutecida la plebe, corroidas las costumbres por la crápula y la lascivia; en lucha con las nuevas creencias, que desde las criptas y las catacumbas llevaban su acción á todas las esferas del pensamiento y á todas las manifestaciones de la vida, el imperio se desmorona y cae, cuando el relinchar de los corceles visigodos le anuncia el azote de los Alaricos y Clodoveos, nuevos elementos que la Providencia ha de fundir en el puro crisol del Cristianismo, para sacar de allí las modernas civilizaciones.

La verdad triunfa siempre de todas las tiranías y de todas las opresiones que la disputan el dominio de las almas; por eso tras de ese período que recorre la nueva idea desde Nerón á Trajano, y desde Trajano á Domiciano, en que los cristianos que practican la ley del amor para renovar el mundo con la esperanza, y firmes en la Fe defienden su nobilísima dignidad, proclamando la unidad de Dios y la divinidad de su Verbo, son arrastrados por las calles, arrojados á los hambrientos leones, á los tigres, á las hogueras, y desgarradas sus carnes con garfios, hasta bañarse los tiranos en la sangre de sus víctimas; tras de los obstáculos que oponen á la propagación de la nueva enseñanza Simón Mago, los Gnósticos, Maniqueos y Montanistas;

al poderoso ariete del Arrianismo, que dirige sus envenenados dardos al corazón mismo de la naciente institución, la ley providencial histórica opone el edicto de Constantino, que autoriza la vida pública y la paz de la Iglesia; el concilio de Arlés, en que cuatrocientos obispos fulminan anatema contra Montano; el concilio universal de Nicea, en que se declara el símbolo de la Fe, que repetirán las generaciones hasta el último instante de los tiempos; la célebre Academia de Alejandría, en que florecen San Clemente y Orígenes; la escuela Occidental cristiana, en que forman San Ireneo, San Cipriano y Tertuliano; el espiritualismo de aquellos anacoretas que, llenos del pensamiento de la eternidad, despreciando los perecederos goces del mundo, buscan asilo seguro en el estéril desierto, en los nidos de las águilas, en las madrigueras de los leopardos y los tigres, para elevar al cielo el aroma suave del amor divino que consume sus almas, como protesta contra el sensualismo dominante desde la Libia hasta el mar Negro, atrayendo á su derredor las gentes sedientas de lo infinito, y fecundando con sus virtudes aquellas abrasadas soledades; y por último, la acción poderosa del inmortal español, del genio sublime de Teodosio, que, destrozando las antiguas aras, arrancando á su pedestal los ídolos, deshechas las coronas que ornaban la frente de las víctimas, hizo descender de su trípode á los augures y divinadores, y sobre los hacinados escombros de aquella civilización primitiva y grosera levantó la Cruz de Jesucristo, símbolo de verdad y justicia y foco purísimo del espíritu de amor que venía á renovar la humanidad.

Y mientras el Cristianismo con su celestial enseñanza alumbraba la conciencia y purifica la vida, la Providencia, que, sin menoscabar en un ápice los altísimos fines que la impulsan, hace expiar á las naciones, como hace expiar al individuo, los grandes crímenes que mancharon su vida, cual olas gigantescas de mar embravecida, que se empujan y suceden con creciente violencia, de las orillas del Rhin y del Danubio hace brotar y caer sobre las suntuosas moradas en que los romanos dormían el sueño del placer y los deleites, espantosos bárbaros, cuyos labios conservaban aún la sangre de la carne cruda que habían devorado, para que se ceben en los perfumados cuerpos de los

Señores del mundo, como la hambrienta fiera en las entrañas de su presa.

Atila, engendrado entre el fragor de los combates, vigoroso, fuerte, de robusto brazo, de ojos que despiden el fuego de la guerra, alentando sólo venganza, es el torbellino de fuego que calcina y pulveriza á su paso las Galias, Metz, Treves, Reims, la Italia y Roma. Genserico, astuto, cruel, vengativo, blandiendo atroz espada, incendiando las ciudades y los bosques para que le sirviesen de antorcha en su camino, dejando siempre en pos de sí regueros de sangre, es la venganza de Dios que reduce á cenizas á Cartago, busca pábulo á su codicia en las riquezas que atesoran las costas de Italia, y que, colocado sobre las ruinas de todas las grandezas y de todos los monumentos de la civilización romana, al dirigir su insultante mirada al mundo, muéstrase como la imagen del ángel del exterminio.

Roma, dice un historiador (1), había provocado la cólera de los bárbaros. Sus legionarios les habían perseguido hasta lo más intrincado de sus enmarañadas selvas; pero llegó el día de la venganza, y los ejércitos que habían querido robarles su libertad fueron deshechos como la espuma. La ardiente lava de los pueblos germanos borró la unidad material de los pueblos sometidos á Roma, que dejó de ser la Capital del mundo. Desaparecieron su constitución política, su religión y sus costumbres; pero á la idea del poder central que ella creara, á su régimen municipal, su derecho, su lengua, su literatura, su arte, uniéronse los hábitos y costumbres rudos, altivos é independientes de los hijos del desierto: sobre la nueva alianza envió el Catolicismo el soplo de su amor, que todo lo vivifica, lo suaviza, lo estrecha, lo engrandece; y cuando disipado el humo de los incendios que ennegrecía el espacio, la humanidad asombrada buscaba con mirada intranquila asilo donde refugiarse, halló al grande Obispo de Hipona, que, recogiendo el eco de las escuelas cristianas de Oriente y de Occidente, condensando las enseñanzas de Osio de Córdoba, Paciano de Barcelona, Basilio, Gregorio de Nacianzo y Ambrosio de Milán, ofrecía al mundo la Ciudad de Dios, la patria de los verdaderos amores, de cuyo

España.—Lledó.

sagrado vestíbulo iban á brotar las nuevas civilizaciones cristianas, con los gloriosos hechos que llenan el tiempo y el espacio durante la edad media.

Señores Académicos, al llegar á esta altura de mi pobre trabajo, lo confieso con ingenuidad, desfallezco ante la magnitud del espacio que me resta que recorrer; ¡he cansado ya tanto vuestra prudente condescendencia!!!... No podré ya sino señalar puntos culminantes, desde donde vuestra acreditada ilustración descubra el conjunto armonioso en que, desarrollándose la ley providencial histórica, agranda el reinado social del Hombre-Dios en la tierra.

En ese largo período de la edad media que abraza desde la conversión de los bárbaros á la luz del Catolicismo hasta la vergonzosa apostasía de Lutero y aparición de la Reforma, la Iglesia, viva encarnación de Jesucristo, cuerpo místico de esa cabeza divina, que la compenetra y sostiene con su poder sobrenatural, es el único faro esplendente que alumbra los senderos de la civilización, mal que pese al incrédulo racionalismo, que afecta desconocerlo.

Al estudiar las relaciones que determinan las nuevas monarquías levantadas bajo tan poderosa égida y los códigos que ellas forman; la manera con que la idea católica se infiltra y propaga en la sociedad, á la par que llena con sus monasterios los inhabitables bosques y las regiones más montuosas; la renovación del imperio de Occidente por Calomagno; las alianzas de los Carlovingios con la Santa Sede; las invasiones de los Normandos; el feudalismo y el imperio; al traer á la memoria las Cruzadas y las Órdenes mendicantes, la escolástica y los cismas de Focio y de Occidente, la preponderancia del poder real, la caída del Imperio y el siglo de los descubrimientos; al contemplar ese vastísimo cuadro, creemos poder decir con un historiador ya citado, «que todos los grandiosos hechos de la edad media se condensan en uno, *la unidad católica*, puesto que á ella todo se subordina; y cuando la soberbia rompe esa unidad con mano sacrilega, la edad media desaparece, pero dejando á las edades venideras el legado fecundo de la dignidad del hombre restablecida, del arte vigorizado por la inspiración y el sentimiento, de las libertades políticas aseguradas, de la ciencia ca-

minando á pasos de gigante por las regiones de la verdad, de la imprenta que, eterniza el pensamiento, y de la brújula, en fin, que ha permitido explorar desde el ecuador hasta los polos.

La Iglesia que, con la caída del imperio romano de Occidente y la irrupción de los bárbaros, quedaba libre de la funesta intervención de los Emperadores en los asuntos religiosos, consagra toda su actividad á defender valerosamente la libertad y la Fe de las poblaciones dominadas por la raza descendida de la Germania, á humanizar sus costumbres, á purificar el corazón de la mujer, elevándola á la altura de compañera del hombre y ángel del santo hogar de la familia, dándola ese dulce poderío con que, guiada del sentimiento religioso, una esclava convierte todo un pueblo al lado allá del Danubio, Genoveva salva á París del furor de Atila, Clotilde convierte á Clodoveo, Ingunda á nuestro mártir San Hermenegildo y Teodolinda á los lombardos heréticos.

A la invasión bárbara, que destruye y aniquila todo el viejo elemento de la civilización romana, une el Catolicismo otra invasión moral más poderosa, para hacer brotar del caos de la barbarie un mundo de luz y de progreso: tal es la institución del monacato, que representa en Occidente Benito de Nursia, el cual derribó un templo de Apolo en el Monte Casino, para levantar en su lugar el célebre monasterio.

El monje, más fuerte por sus virtudes, su austeridad y su penitencia bajo el tosco sayal, que el Huno y el Godo bajo el acero de su coraza, domina con su mansedumbre al feroz hijo de las selvas; y allí donde el conquistador germano dejó como huella de su paso ruinas ennegrecidas por el incendio, campos talados, muerte y exterminio, allí el monasterio elevará su cúpula al cielo; á la sombra de la cruz un pobre monje será el legislador del trabajo, de la continencia y de la pobreza voluntarias; allí, á la tenue luz de los claustros, se recogerán los dispersos elementos de la ciencia, y con laboriosidad inquebrantable se unirán y abrillantarán los eslabones de la cadena de los conocimientos humanos; allí se escribirá una regla que, durante seis siglos, será sol que ilumine la Europa y como ley y fuerza viva que, empujando esas legiones pacíficas, nacidas para la abnegación y el sacrificio, convertirá las ruinas en ciudades, los

eriales en jardines, los desiertos en poblados, y el rudo y feroz hijo de Odín en civilizado creyente.

Bajo la acción del principio católico, no obstante la rudeza y esterilidad de este histórico período, álzanse oradores como San Remigio y Sidonio-Apolinar; historiadores filósofos, como Salviano y Gennadio, que continúa la historia literaria de San Gerónimo; pensadores como Boecio, teólogos como San Gelasio, Simmaco y San Gregorio de Tours, y pontífices como San León y San Gregorio, ambos grandes; mientras nuestra España mira al Obispo convertido en defensor de las ciudades, *defensor civitatis*, y realiza las célebres asambleas de Toledo, Lérida, Agde, Valencia y otras, cuya influencia social no necesito encarecer, vense cultivadas las letras y las ciencias por los Isidoros, Fulgencios, Eutropios, Juan de Biclara, y Braulio de Zaragoza; la poesía halla sus ecos en Máximo y Prudencio, Eugenio y San Ildefonso, y hasta los himnos y los cantos populares son reveladores de esa civilizadora influencia con que el Catolicismo lleva á todas las esferas, junto con los principios morales y las eternas verdades de Jesucristo, que encarnan la justicia y el derecho, todos los gérmenes de paz y bienestar social.

Mirad, señores, el momento solemne en que el pontífice León III ciñe las sienes de Carlomagno con la diadema imperial, que le instituye supremo jefe del Occidente cristiano; estudiad el desenvolvimiento de esa monarquía hasta su desmembración bajo el cetro de los Carlovingios y la creación del nuevo imperio germánico en Otón I, cuya diadema le ciñe otro Pontífice para hacerle árbitro de la Europa durante cuatro siglos; la Iglesia guía, sostiene, ilustra y ayuda á los monarcas en sus empresas, retarda la decadencia del imperio, y en medio de la agonía de los Carlovingios, salva los principios vitales de la sociedad, y los inspira á las nuevas nacionalidades, que surgen de la general desorganización.

Un monje, el célebre Alcuino, es el alma de todo el movimiento literario y social de su época; de la escuela Palatina salen los profesores encargados de difundir la ciencia en todas partes; y, cuando la unidad carlovingia se desmorona, sólo la Iglesia aparece firme en medio de la universal conflagración. Su palabra amorosa calma las disidencias; su potente anatema

detiene á los ambiciosos; sus templos, sus monasterios y palacios sirven de asilo á los oprimidos y sus concilios limitan el poder de los señores feudales y protegen la libertad de los ciudadanos.

Pero ¿á qué os fatigo y me esfuerzo acumulando hechos sobre hechos, para demostrar una verdad evidente? Sólo la historia de la reconquista de nuestro patrio suelo basta para consignar la ley suprema histórica del mundo y la influencia del Catolicismo en la Sociedad.

Eclipsados los timbres de la estirpe goda en la derrota del Guadalete, de la ilustre cueva de Covadonga brota con Pelayo la monarquía de Asturias envuelta en el manto del sentimiento católico, á cuya sombra germina y crece el amor patrio, como la hiedra vive y se dilata adherida al tronco de frondoso álamo.

Religión y patria es el lema de su bandera, y bajo su égida, en Alfonso I el Católico purifica los templos que profanó la planta del Agareno; en Alfonso II el Casto triunfa de una nación orgullosa en Roncesvalles, mientras con Ramiro I tritura bajo los cascos de sus caballos al hijo del Islám en los campos de León, dilatando su dominio hasta la tierra de Campo.

Lleno del espíritu católico, vence Alfonso V al poderoso Almanzor; como Fernando I, ciñendo á sus sienes las coronas de León y de Castilla, llega victorioso al Guadarrama, dejando á su hijo Alfonso VI la gloria de llevar sus armas vencedoras á Toledo y purificar el santuario de la Virgen de la Almudena.

Alfonso VIII rompe en las Navas de Tolosa la barrera opuesta por las breñas de Sierra Morena, y así puede el Rey Santo realizar la conquista de nuestra hermosa Sevilla, y antes los reinos de Murcia, Jaén y Córdoba. El sentimiento religioso inspira su famoso código al Rey Sabio; da fuerza al brazo de Alfonso XI para acabar con el Islamismo en la jornada del Salado, escribiendo gloriosa página, que recuerda cuánto vale el amor patrio cuando le alienta y dirige la Fe religiosa.

Aun en medio de los turbulentos reinados de los Pedros, Juanes y Enriques, en los cuales se enerva la monarquía castellana, el genio del Catolicismo calienta y vigoriza la literatura y la ciencia; el diálogo y la égloga se animan con Santillana y Rodrigo de Cotta; la epístola cobra vida bajo la pluma fácil de Cibdarreal; la crónica, ennoblecida por Ayala, toma sabor his-

tórico con Díaz de Gáméz, Álvar García y Pérez de Guzmán, el autor de las *Generaciones y Semblanzas*; Juan de Mena imita á Dante en su *Labyrintho*, mientras Jorge Manrique escribe sus *Elegías* rebosando ternura de sentimiento; y brillan Alfonso de Madrigal (el Tostado) y la familia Santa María ó Cartagena, de la que D. Pablo escribe su *Scrutinium Scripturarum*, D. Gonzalo la historia latina del reino de Aragón, y D. Alfonso el *Doctrinal de Caballeros* y el *Memorial de Virtudes*. Y cuando los inmortales Fernando é Isabel I de Castilla han celebrado su desposorio ante el altar católico, y el león de Castilla descansa al abrigo de las torres de Aragón; desde las márgenes del Duero y los campos de Toro, en que abaten la altivez de D. Alfonso el Africano, hasta el instante supremo en que el invicto Hernán Pérez del Pulgar clava con la punta de su daga el AVE MARÍA en las puertas del palacio de filigrana y encajes de la morisca Alhambra, la grande epopeya de nuestras glorias de ocho siglos es á la vez el cántico eucarístico, que publica lo que puede un pueblo de héroes cuando en su frente brilla inmaculado el amor santo de la patria y en su corazón anida y reina el sentimiento católico civilizador.

¿Á qué, señores, detenerme ya en estudiar ese otro grandioso hecho, inspirado por el Catolicismo, las Cruzadas, que preservaron la Europa de la invasión de los turcos Seldjucidas, sostuvieron el imperio griego, unieron los pueblos cristianos en una misma idea, debilitando las rivalidades nacionales, contrariando el feudalismo y abriendo esa mutua comunicación entre el Oriente y Occidente, que lleva allí las luces civilizadoras del Evangelio, y vuelve de allá cargada de riquezas para engrandecer las Ciencias naturales, la Medicina, la Historia y la Geografía? ¿Será preciso que llame vuestra atención á esa providencial resistencia, como la llama Laurent, que oponen los Papas á la lucha entre el sacerdocio y el imperio, para abatir todas las tiranías é impedir que la sociedad retrogradase á la época pagana? ¿Deberé desarrollar á vuestra vista la acción católica, por extremo grande durante los siglos XII y XIII, y mostrar al presuntuoso racionalismo las esplendorosas luces de ciencia y de virtud que ilustran esas edades? Bastaría, señores Académicos, recordarles que es el período en que se destacan Pedro Lom-

bardo, Bernardo de Claraval, Alberto el Grande, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, artífices del eterno y admirable edificio de la Teología escolástica; que, en menos de un siglo, se fundan universidades en París, Oxford, Palencia, Tolosa, Lérida, Salamanca, Nápoles, Cambridge, Viena, Upsal, Montpellier, Orleans y Coimbra; que durante ese período la Alemania produce el inmortal poema de los Niebelungen; Godofredo de Strasburgo escribe su inimitable *Tristán é Isolda*; Gonzalo de Berceo canta con fe é inspiración tiernísima, á quien sigue Juan Lorenzo de Segura; Italia recoge los suspiros de Francisco de Asís, Guitone de Arezzo y Guido Guinicelli; que es la edad en que el arte levanta los grandiosos monumentos de las catedrales de París, Colonia, Chartres, Strasburgo y otras; la época en que Raimundo Lulio deposita en su *Ars Magna* los gérmenes de una verdadera enciclopedia, y Arnaldo de Villanueva, Paracelso, Brant, Miguel Scoto, Cardán y Rogerio Bacon engrandecen las ciencias físicas, químicas y matemáticas; período de profunda fe religiosa, en que, como dice un historiador, al destello purísimo de la verdad católica, el alma alcanza á columbrar lo que nunca puede ver la razón seca y orgullosa de los racionalistas, esto es, las admirables armonías que existen entre todas las verdades que brotan radiosas y esplendentes del trono del Eterno, así como del sol salen todos los rayos que nos iluminan.

Hemos llegado, señores, penosamente al período en que por desgracia el espíritu cristiano, que había animado la civilización, decae; en donde se mezclan, en confusión espantosa, los elementos de orden y desorden, luchan las inteligencias, dudan y vacilan: tiempo de cisma y desenfreno para el pensamiento y el corazón. Y, al estudiar los acontecimientos que precoden á la Reforma; al contemplar á Colón engastando un mundo en la diadema de nuestros Reyes; á Copérnico y Kepler señalando leyes al sistema del universo, á Rodio y Harvey revelando las de la vida en la circulación de la sangre; al descubrir esa falange de artistas y poetas, Ficino, Miguel Angel, Falopio, Ariosto, Camoens, Calderón, Shakespeare; al ocupar la mente los nombres de Carlos V, León X, Segismundo I, Cellini, Savonarola, San Carlos; cuando nos asalta la repugnante figura de Lutero,

arrancando el velo del pudor que cubría la frente de Catalina de Boré, para escribir en él el código de la Reforma, el alma desfallece, la pluma cae involuntariamente de la mano, el corazón llora sangre!!! Mas alentad, señores; que de ese confuso caos de doctrinas, principios y fuerzas, que ha producido la piqueta demoleadora del libre examen, el Catolicismo sacará toda la grandeza de las edades modernas; que no envejece el árbol robusto de la Religión; y de la roca estéril brotan raudales de agua cristalina, cuando la toca el dedo del Dios que cabalga sobre los aquilones.

Señores, vuestra ilustración sabrá dispensarme si omito el estudio de los tres últimos siglos, en que tan duras pruebas ha experimentado el Catolicismo; pero en los que tantos laureles han coronado su inmaculada frente. Paréceme, después del estudio que hemos realizado, poder concluir «que la ley providencial histórica es Jesucristo; el mundo antiguo le prepara y profetiza; las generaciones católicas le siguen y forman su gloriosa corte. Dios todo lo hizo, para la manifestación de la gloria de su Unigénito.

Y al terminar, permitidme vuelva al punto de mi comienzo, y os confiese que sólo vuestra bondad me ha sostenido y me alienta; y que os asegure como cristiano, como caballero y como sacerdote, que, fiel al lema de esta Real Academia de Buenas Letras, será mi mayor gloria trabajar en pro de la ciencia y de la verdad, seguro de que así lleno mi principal misión, que es la de llevar á todas partes el nombre y el reinado social de Jesucristo.

HE DICHO.

Sevilla, 24 de Noviembre de 1882.
